

RACHEL CUSK “EL FIN ÚLTIMO DEL ARTE ES LA DESTRUCCIÓN DE LA AUTORIDAD”

Literatura. Su nueva obra, ‘Desfile’, una original novela protagonizada por cuatro artistas de nombre G, que indaga en cuestiones de identidad, creatividad y género

Por **Andrés Seoane** (Barcelona). Foto: **Gorka Loinaz**

Este libro nace de la intención de imponer a la realidad mi visión, como si estuviera observando el mundo a través de la mirilla de un rifle. Actualmente vivimos una especie de narrativa del declive en la que se nos dice que la realidad ha cambiado, que estamos perdiendo autenticidad e integridad, que ya no hay certezas», argumenta la escritora Rachel Cusk (Saskatoon, Canadá, 1967) en la sede de la editorial Libros del Asteroide, en Barcelona. «Pero yo no creo que eso sea algo malo en sí mismo, pues la fragmentación puede ser una fuerza de creatividad. A nivel existencial estoy en un momento de, digamos, postestructuras sociales, donde celebro el colapso de muchas cosas, especialmente de esa autoridad misteriosa que antes se llamaba Dios y que ahora apenas es algo narrativo», sostiene.

«Creo que la mayoría de la gente, al final, se dará cuenta de que la realidad tal y como la entendemos es simplemente una convención, algo en lo que nos dijeron que teníamos que creer, pero que en verdad nos es ajena», apunta la autora. «Aunque sé que la mayoría necesita ver el mundo como una serie de estructuras cuyo colapso amenaza su libertad, para mí esta fragmentación a todos los niveles es algo regenerador y vinculado intrínsecamente al proceso creativo», defiende animada Cusk, quien tras un par de semanas de promoción por Suecia, Finlandia y Alemania, confiesa estar un poco cansada. «Aunque tengo suerte, en España siempre me hacéis preguntas muy interesantes», dice sonriendo.

Tras tres reconocidas novelas escritas en los 90, Cusk comenzó a trabajar el ensayo autobiográfico como respuesta a los límites de la novela como género para representar la experiencia femenina, convirtiéndose en pionera en la autoficción mucho antes de que la etiqueta se pusiese de moda, un poco al estilo de la Nobel Annie Ernaux. Sus relatos autobiográficos sobre la maternidad y el divorcio, *Un trabajo para toda la vida* y *Despojos* –ambos en Asteroide, como toda su obra– fueron tan revolucionarios como controvertidos.

Sin embargo, la fama le llegaría con la rompedora trilogía de novelas *A contraluz* (*A contraluz*, *Tránsito* y *Prestigio*), celebradas por su ausencia de narrativa pura. Estos libros siguen a una narradora, a menudo silenciosa, en sus viajes y encuentros con desconocidos que ofrecen largos monólogos que oscilan entre lo banal y lo profundo en una prosa fresca e incisiva que destila temas como la identidad, los roles de género o la necesidad humana de creatividad y libertad.

Tras profundizar en esta demolición de la novela en su anterior obra, *Segunda casa*, donde el mundo del arte ya cobraba gran importancia, *Desfile*, su nueva obra, es un complejo experimento, lúcido, frío y racional, en el que una narradora sin nombre, cuyos escasos detalles biográficos mapean los de Cusk, se mueve entre ciudades europeas sin nombre, visitando



exposiciones y pensando en artistas. ¿Pero quién nos cuenta estas historias? «La clave del arte, su perfección máxima, es ver sin ser visto. Como artistas y como personas siempre somos juzgados, ya desde muy pequeños, incluso por quienes nos crean y nos crían. Algunos artistas pueden ponerse una máscara, o usar un seudónimo, pero eso no es algo que

suela ofrecerte la vida», afirma.

«Por eso creo que la identidad siempre genera conflicto. Mucha gente piensa que los escritores tienen la libertad de aparcarse su identidad cuando pasan a crear sus mundos imaginarios. Pero no es cierto, porque el lenguaje que usas, tu medio de expresión, expone tu procedencia, tu clase social, tu generación... La identidad siempre

La escritora Rachel Cusk, ayer a su paso por Barcelona.

“Celebro el colapso de muchas estructuras, es algo regenerador y vinculado intrínsecamente al proceso creativo”

“La literatura está cambiando y hoy la gente tiene más hambre de dificultad de la que ha tenido durante mucho tiempo”

nos define», remacha. Los cuatro capítulos de *Desfile* se centran en la vida de artistas, cada uno de los cuales es conocido como «G», pero es también un libro inquisitivo escrito contra el conformismo, que aborda el papel del género en el arte y en la vida, tensas reflexiones sobre las complejidades de la identidad artística y la utilidad de la creación, debates sobre si el arte es el único lugar donde la libertad es posible y un riguroso análisis de las relaciones familiares.

Los temas, la prosa y la forma de este libro, casi cubista, han provocado que cuestionen mucho a la escritora por la dificultad. «Mucha gente me dice si no me preocupan los lectores, pero pienso que hay un montón de libros fáciles que la gente puede leer, así que no entiendo por qué debería cambiar mi manera de hacer las cosas», responde bromista. «Pero es verdad que es una línea fina e importante, pues el libro necesita ser leído para existir, aunque lo lea sólo una persona», considera.

Algo que no afecta a las obras de arte que, por eso, opina Cusk, pueden plantear preguntas allá donde la literatura sólo puede ofrecer respuestas. «El arte se puede hacer completamente inaccesible, algo que en literatura sólo se puede permitir la poesía y quizá el teatro, si eres Beckett. El escritor que plantea unas preguntas tiene que ofrecer al lector unas respuestas, aunque no estén del todo claras», defiende Cusk, que insistiendo en el tema de la complejidad, alaba la gran salud actual de la creación. «No creo que el arte ni la literatura estén muriendo. Al contrario, las cosas están cambiando y la gente tiene más hambre de dificultad de la que ha tenido durante mucho tiempo. Eso es un efecto colateral maravilloso de las películas nefastas y los libros fatales de estos últimos años», añade con un punto de divertida malicia.

«Veo a muchos jóvenes leyendo, por ejemplo, a Hannah Arendt, y eso quiere decir que si no hallan esa dificultad en los creadores vivos, si nosotros no apostamos por explicar el mundo de forma valiente, van a ir a buscar eso en épocas anteriores». En este sentido, considera que «el fin último del arte y de la literatura es la destrucción de la autoridad, por eso las obras creativas han sido muchas veces perseguidas. Aunque nunca mueren, están ahí siempre como un maestros de vida», sostiene. Y pone un ejemplo. «Cuando pensamos en la Segunda Guerra Mundial y en Hitler, lo primero que se recuerda es el Holocausto, cierto, pero lo segundo es la persecución de los artistas y la destrucción de las obras de arte. Primero, la vida humana, pero en segundo lugar la creación artística, que además en muchos casos persiste, como digo. Así que como registro moral yo creo que funciona bastante bien».